

algunos. Desde allí marchan á la Curia y se ve la sòledad que reina alrededor de los decenviros. Entonces comprenden éstos cuán general es el odio que inspira su poder, y el pueblo vió claramente, en la ausencia de los senadores, su negativa á reconocer en particulares el derecho de convocar el Senado. Este era el principio del regreso á la libertad; si el pueblo marchaba de acuerdo con el Senado, y si, á ejemplo de los senadores, que se negaban á pesar de la convocatoria á reunirse en asamblea, él se negaba al alistamiento. Esto cundía entre la multitud. Apenas se veía un senador en el Foro; muy pocos se encontraban en la ciudad. disgustados por la marcha de los negocios, habíanse retirado á sus tierras, ocupándose de sus intereses particulares, á falta de los públicos, y persuadidos de que se encontrarían tanto más al abrigo de las vejaciones, cuanto más se alejasen de la sociedad y de la presencia de sus recelosos opresores. Como no acudieron á la primera citación, envióse á sus casas aparitores para recoger prendas (1) de las multas é informarse de si era premeditada la negativa. Los aparitores volvieron diciendo que los senadores se encontraban en sus tierras. Los decenviros preferían esto á que los senadores estuviesen presentes y se mostrasen rebeldes á su autoridad. Mandaron que se llamara á todos, y señalaron la asamblea para el día siguiente. Más numerosa fué ésta de lo que esperaban: el pueblo dedujo que los patricios hacían traición á la causa de la libertad, puesto que el Senado reconocía el derecho de convocación en aquellos cuyos cargos habían terminado y á los que solamente la audacia elevaba sobre los ciudadanos particulares.

(1) El senador que rehusaba ó desconfidaba asistir á las asambleas del Senado, si no presentaba excusa legítima era castigado con multa, para cuya seguridad se exigían prendas, que se vendían en caso de no pagar. *suu. licti habitio*

Peró los senadores mostraron más obediencia en acudir á la Curia que sumisión en sus opiniones. Refiérese que L. Valerio Potito, después de la proposición de Appio Claudio, y antes de que se recogiesen por orden los votos, pidió permiso para hablar de la república; ante las amenazas prohibitivas de los decenviros, declaró que llevaría la denuncia ante el pueblo y produjo viva agitación en la asamblea. Con igual energía se presentó en la lucha M. Horacio Barbató. Llamábales los diez Tarquinos; les recordaba que los Valerios y los Horacios estaban al frente de los romanos cuando se expulsó á los reyes. Y no fué porque se odiase su nombre, que podía darse á Júpiter, que había llevado Rómulo, fundador de la ciudad, que habían llevado sus sucesores; nombre que la religión había conservado en la solemnidad de sus sacrificios. La soberbia y violencia de los reyes sublevó entonces el odio. Lo que nadie había soportado de un rey ó hijo de rey, ¿quién había de soportarlo de aquellos simples ciudadanos? Que cuidasen al prohibir en el Senado la libertad de la palabra, de no impulsarla á que se hiciese oír fuera; porque no veía qué razón podría impedirle á él, ciudadano particular, convocar al pueblo, cuando ellos habían convocado al Senado. De ellos solos dependía experimentar cuánto más enérgico es el dolor combatiendo por la libertad, que la avidez luchando por injusta dominación. Proponían deliberar acerca de la guerra contra los sabinos, como si el pueblo romano tuviese enemigos más terribles que aquellos que, creados para hacer leyes, no habían dejado subsistir en la república ni sombra de legalidad; por quienes habían sido destruidos igualmente comicios, magistrados anuales, sucesión de autoridades, única prenda de equitativa libertad; en fin, simples particulares conservaban lictores y autoridad real. Una vez expulsados los reyes, habían

creado magistraturas patricias; después, á consecuencia de la retirada del pueblo, magistraturas plebeyas. Pero les preguntaba á qué orden pertenecían ellos. ¿Al del pueblo? ¿Qué habían hecho por el pueblo? ¿Al de los patricios? ¿Ellos que en cerca de un año no habían convocado al Senado y que le reunían ahora para prohibir que se hablase de la república! Esto era confiar demasiado en el terror que inspiraban: los males que se experimentaban eran más crueles que los que podían temerse.»

Ante este violento apóstrofe de Horacio los decenviros no encontraron defensa ni en la cólera ni en la paciencia, ni supieron cómo soslayar el asunto. Entonces C. Claudio, tío de Appio el decenviro, en un discurso más de súplicas que de reconvenciones, rogó por los manes de su hermano y por los de su padre que respetase los lazos de la sociedad en que había nacido, más que aquella infausta alianza que había contraído con sus colegas: esta súplica se la dirigía por él más que por la república, que, en último caso, si no podía obtener su consentimiento, recobraría, á pesar suyo, sus derechos. Pero las grandes discusiones producen grandes odios y temblaba por las consecuencias. Aunque los decenviros con sus prohibiciones hubiesen excluido de la discusión todo asunto extraño al que sujetaban á deliberación, mostraron bastante pudor para no interrumpir á Claudio, que explanó su opinión, invitando á que el Senado no decretase nada. Por este hecho comprendieron todos que Claudio consideraba á los decenviros como simples particulares, y muchos varones consulares aplaudieron sus palabras. Otra opinión, más amenazadora en apariencia, pero en realidad menos hostil, proponía que se concertasen los senadores para nombrar un inter-rey. Deliberar era reconocer como magistrados, cualesquiera que fuesen, los que habían convo-

cado al Senado; mientras que se les reducía á la vida privada, si se seguía la opinión que negaba al Senado la facultad de tomar acuerdo. En el momento en que iba á fracasar la causa de los decenviros, L. Cornelio Maluginense, hermano de M. Cornelio, uno de ellos á quien de intento habían reservado para que hablase después de los demás consulares, fingió extraordinaria solicitud por la guerra y tomó en realidad la defensa de su hermano y de los otros decenviros. Admirábase, decía, de aquella fatalidad, por la cual encontraban los decenviros, entre aquellos que habían deseado el decenvirato, sus únicos ó al menos sus adversarios más violentos; ni cómo, después de tantos meses pasados sin que la ciudad se viese amenazada en el exterior, cuando nadie durante todo este tiempo había mostrado dudas acerca de la validez de la autoridad de los magistrados, se aprovechaba el momento en que el enemigo estaba, por decirlo así, á las puertas, para suscitar discordias civiles; á no ser que se pensase en aprovechar el desorden para cohonestar de algún modo la ejecución de un plan determinado. Por lo demás, justo era, cuando cuidados tan graves ocupaban los ánimos, que nadie prejuzgase asunto tan importante. Opinaba él, añadía, que cuando se hubiesen terminado aquellas guerras inminentes, cuando la república recobrase la tranquilidad, quedasen sometidas á la deliberación del Senado las afirmaciones de Valerio y de Horacio, que pretendían que los decenviros debían haber dejado sus magistraturas en los idus de Mayo; y que desde aquel momento se previniese á Ap. Claudio que debía prepararse para dar cuenta de los comicios que celebró, siendo decenviro, para nombrar decenviros, y á responder si habían sido creados por un año solamente ó hasta que se aceptasen las leyes que se espedaban. En cuanto al presente, debía omitirse todo lo

que no se refiriese á la guerra: si se suponía que los rumores fuesen infundados y que los legados de Túsculum hubiesen traído vanos temores, necesario era mandar comisarios encargados de tomar informes más exactos. Si, por el contrario, se prestaba fe á los relatos de los mensajeros y de los legados, debían inmediatamente ocuparse de levantar tropas; los decenviros debían llevar los ejércitos adonde lo creyesen conveniente, y nada debía anteponerse á este asunto.

Los senadores jóvenes insistían para que se adoptase esta opinión. Pero más enérgicos que nunca, se levantan Valerio y Honorio exclamando: «Que tienen que hablar acerca de la república. Se dirigirán al pueblo si en este recinto les impide una facción hacerse oír. Niegan que hombres privados, en presencia de los senadores ó del pueblo, puedan imponerles silencio; quiméricos haces no podrán hacerles retroceder.» Viendo entonces Appio que si á aquella violencia no oponía igual audacia caía el decenvirato, exclama: «Desgraciado del que hable fuera de la cuestión.» Y como Valerio declaraba que no callaría por orden de un simple ciudadano, manda avanzar á un licitor. Valerio pedía ya desde el dintel de la Curia el auxilio del pueblo. L. Cornelio retiene á Appio en sus brazos, disimulando de este modo el interés que le inspira, y dirime la cuestión consiguiendo para Valerio libertad de palabra. Esta libertad solamente produjo declamaciones, y los tribunos consiguieron lo que pedían. Los mismos consulares y los senadores más ancianos, por resto de odio al poder tribunicio, cuyo regreso deseaba el pueblo con más ardor que el de la autoridad consular, preferían en cierta manera esperar que los decenviros abandonasen voluntariamente el cargo, á ver al pueblo sublevarse de nuevo en odio á los decenviros: «Si por suaves caminos y sin la tumultuosa intervención de la multitud volvían

á llevar el poder á manos de los cónsules, las guerras que suscitarían ó la moderación de los cónsules en el ejercicio de su autoridad podría llevar al pueblo al olvido de sus tribunos.» El silencio del Senado fué el edicto de alistamiento. No atreviéndose los jóvenes á luchar contra una autoridad sin apelación, dieron sus nombres. Alistadas las legiones designan los decenviros entre ellos quiénes harán la guerra, quiénes mandarán los ejércitos. Los jefes del decenvirato eran Q. Fabio y Appio Claudio. La guerra se mostraba más terrible dentro que fuera. El carácter violento de Appio parecía más á propósito para dominar un movimiento popular; Fabio había demostrado menos perseverancia en el bien que obstinación en el mal. Este varón se había distinguido primeramente como ciudadano y como soldado; pero el decenvirato y sus colegas le cambiaron de tal manera, que prefería imitar á Appio que permanecer tal cual era. Encargáronle la guerra contra los sabinos, llevando por colegas á M. Rabuleyo y G. Potilio. M. Cornelio fué enviado contra el Algido con L. Minucio, T. Antonio, K. Duilio y M. Sergio. Sp. Oppio quedó con Appio para ayudarle á defender la ciudad, y el poder de éstos fué igual al de todos los decenviros reunidos.

La república no fué afortunada en el exterior ni en el interior. Toda la falta de los jefes consistía en haberse atraído el odio de sus conciudadanos; pero la culpa principal fué de los soldados. Para impedir que se consiguiese ningún triunfo bajo el mando y los auspicios de los decenviros, dejábanse vencer, para que su deshonra fuese la deshonra de los jefes. Los sabinos les derrotaron en Ereto y los equos en el Algido. Los fugitivos de Ereto, aprovechando la tranquilidad de la noche, acercáronse á la ciudad y se atrincheraron en una altura, entre Fidenas y Crustumeria. Siguiéronles los

enemigos; pero no se atrevieron á librar combate, buscando los romanos su seguridad en la fortaleza de su posición y de sus parapetos, más bien que en su valor y en sus armas. En el Algido fué mayor la vergüenza y la pérdida: el enemigo se apoderó hasta del campamento. Despojado de todo su equipo, el soldado se refugió en Túsculum, esperando hospitalidad de la buena fe y de la compasión, que en realidad no le faltaron. Fué tan grande el terror en Roma, que los senadores, olvidando su odio al decenvirato, decretaron que se estableciesen guardias en la ciudad; aquellos á quienes la edad permitía llevar las armas debían custodiar las murallas y formar guardia delante de las puertas. Enviaron á Túsculum un socorro de armas, y á los decenviros ordenaron para que saliesen de la fortaleza, á tuviesen los soldados en un campamento, trasladasen el de Fidenas al territorio de los sabinos, y distrajesen al enemigo, por medio de una guerra ofensiva, de la idea de sitiar la ciudad.

A los desastres causados por el enemigo añaden los tribunos dos crímenes atroces, uno en el campamento, otro en Roma. L. Siccio, que servía en el ejército dirigido contra los sabinos, aprovechando el odio que inspiraban los decenviros, impulsaba secretamente á los soldados para que restableciesen los tribunos y se sublevaran. Enviaronle á que reconociese una posición para establecer un campamento, escoltándole soldados que llevaban orden de matarle en paraje conveniente. Pero no sucumbió sin venganza. Al defenderse hizo caer en derredor suyo á muchos asesinos, y rodeado por todas partes, combatió con valor igual á sus extraordinarias fuerzas. Los que quedaron volvieron al campamento diciendo que Siccio, á pesar de los prodigios de su valor, ha perecido en una emboscada y algunos soldados con él. Al pronto se creyó á los que traían la noticia. Con permiso de los decenviros partió una co-

horté para dar sepultura á los muertos; pero no viendo á ninguno despojado, y encontrando á Siccio revestido con su armadura, tendido en medio de los demás, teniendo todos el rostro vuelto hacia él; no viendo cuerpos de enemigos ni rastro alguno de su retirada, no dudaron que Siccio había perecido á manos de los suyos, y trajeron su cadáver. La irritación llegó al colmo en el campamento, y querían llevar en el acto á Roma á Siccio; pero los decenviros se apresuraron á decretar las funerales militares á costa del erario público, sepultándole en medio del sentimiento de los soldados y de la execración que inspiraban.

La ciudad presenció un crimen ocasionado por la liviandad, y no menos terrible en sus consecuencias que la deshonor y muerte de Lucrecia, al que debieron los Tarquinos su expulsión de la ciudad y del trono; como si los decenviros estuviesen destinados á terminar lo mismo que los reyes y á perder su poder por las mismas causas. Appio Claudio experimentó lúbrico y ardiente deseo por una joven plebeya: el padre de la joven, L. Virginio, uno de los centuriones más distinguidos del Algido, era modelo de ciudadanos y ejemplo de soldados. Su esposa había vivido como él, y sus hijos estaban educados en su enseñanza. Estaba prometida la joven á L. Icilio, antiguo tribuno, hombre enérgico, que más de una vez había dado pruebas de valor por la causa del pueblo. Enamorado de aquella joven, que se encontraba en todo el esplendor de la belleza y de la juventud, intentó Appio seducirla por medio de regalos y promesas; pero viendo que el pudor le cerraba el camino, recurrió á los medios odiosos y crueles de la violencia. Su cliente, M. Claudio, recibió encargo de reclamar á la joven como esclava suya, sin atender á las peticiones de libertad provisional. La ausencia del padre parecía favorable á esta tentativa. Virginia iba al Foro, y

donde estaban las escuelas de letras. El favorecedor de la liviandad del decenviro pone mano en la joven, y exclama que, hija de esclava y esclava ella también, debe seguirle, y que si resiste la llevará por fuerza. La joven queda estupefacta, y á los gritos de su nodriza (1), que invoca el socorro de los romanos, acude la multitud. De todas las bocas brotan los nombres queridos de Virgino, su padre, y de Icilio, su prometido. Sus amigos por el cariño que le tienen y la multitud por el horror de tan cruel atentado se unen á ella. Encuéntrase Virgino al abrigo de toda violencia. Claudio grita entonces que es inútil excitar la multitud; que va á recurrir á la justicia y no á la fuerza. Demanda ante el juez á la joven, á la que sus defensores invitan á seguirle. Llegan delante del tribunal de Appio, y el acusador recita una fábula muy conocida del juez, que la había compuesto: refiere que aquella joven, nacida en su casa, introducida después fraudulentamente en la de Virgino, fué presentada á éste como hija suya. En apoyo de su aserto aducirá pruebas, y las someterá al mismo Virgino, el más ofendido por la superchería. Los defensores de la joven observan que Virgino se encuentra ausente en servicio de la república; que llegará dentro de dos días si se le avisa, y que es injusto decidir en su ausencia de la suerte de sus hijos. Piden que se suspenda el juicio hasta la llegada del padre: que en nombre de la ley, que él mismo propuso, conceda la libertad provisional y no consienta que una joven quede expuesta á perder el honor con la libertad.

Antes de dictar sentencia, dice Appio: «Que su amor por la libertad está escrito en la misma ley que los amigos de Virgino invocan en su favor. Sin embargo, que

(1) Entre los romanos las nodrizas frecuentemente pasaban á ser ayas de los jóvenes que habían criado.

no puede favorecer la libertad hasta el punto de admitir la suposición de los hechos y de las personas. Es indudable que, cuando se reclama la salida de esclavitud, como cada uno puede obrar según la ley, no puede negarse la libertad provisional: en cuanto á esta joven, sometida á la autoridad paterna, nadie hay, si se exceptúa el padre, á quien el amo deba ceder. Conveniente es que se llame al padre; sin embargo, el demandante no puede hacer el sacrificio de sus derechos; le es permitido llevarse á la joven; basta que prometa presentarla á la llegada del que dicen ser su padre.» En el momento en que tan inicua sentencia excitaba mayores murmullos, que enardecían á la multitud para reclamar, preséntanse P. Numistorio, tío de la joven, é Icilio, su prometido. Ea muchedumbre les abre paso, comprendiendo que la intervención de Icilio es el medio más poderoso para resistir á Appio, cuando el licitor declara que se ha pronunciado la sentencia, y quiere separar á Icilio á pesar de sus gritos. El ánimo más tranquilo se habría inflamado ante tan escandalosa injusticia. «Tendrán que arrancarme de aquí con las armas, Appio, si quieres encubrir con el silencio el misterio de tus designios. Esta virgen será mi esposa: yo la quiero casta y pura. Reúne, pues, los licitores de todos tus colegas; manda preparar las varas y las hachas; nadie retendrá fuera del techo paterno á la desposada de Icilio. No; á pesar de la pérdida del tribunado y de la apelación al pueblo, las dos fortalezas de la libertad romana, nuestras esposas y nuestras hijas no están entregadas aún al despotismo de vuestras pasiones. Ejerced vuestro furor sobre nuestros cuerpos y nuestras cabezas, pero respetad al menos el pudor. Si se recurre á la violencia contra esa joven, reclamaremos, yo principalmente por mi esposa, el socorro de los ciudadanos romanos que me escuchan; Virgino por su hija

única, el de los soldados, y todos el auxilio de los dioses y de los hombres, y sólo degollándonos conseguiremos la ejecución de tu sentencia. Yo te conjuro, Appio, para que consideres despacio el asunto en que te comprometes. Virginio verá á su llegada lo que debe hacer por su hija; pero que sepa también que si cede por un momento á Claudio, tendrá que buscar para ella otro esposo. Por mi parte, no cesaré de reclamar la libertad de mi desposada, y antes me faltará la vida que la energía.»

La multitud estaba conmovida y la lucha parecía inminente. Los lictores rodean á Icilio; sin embargo, todo se limita á amenazas. Appio pretende que «Icilio no defiende á Virginia, sino que aquel hombre turbulento, y que aún piensa en el tribunado, intenta suscitar una sublevación. No le ofrecerá ocasión ahora, pero que sepa que no por sus arrebatos, sino por la ausencia de Virginio, á título de padre, y por respeto á la libertad, consiente en suspender sus funciones de juez y la ejecución de la sentencia. Pedirá á Claudio que ceda algo de sus derechos y que permita que la joven quede en libertad hasta el día siguiente. Si el padre no comparece al otro día, anuncia á Icilio y á sus secuaces que el legislador no faltará á su ley, como la energía no faltará al decenviro. No necesitará reunir á los lictores de sus colegas para reprimir á los autores de la sedición, porque le bastarán los suyos.» Aplazada la injusticia, retíranse los defensores de Virginia, y deciden que, ante todo, el hermano de Icilio y el hijo de Numistorio, jóvenes muy valerosos, marchen en seguida á la puerta y corran á buscar á Virginio en el campamento. De este paso depende la salvación de la joven, si llega á tiempo al siguiente día para preservarla de la injusticia. Obedecen; pónense en marcha, y corren á brida suelta á llevar el mensaje al

padre. Como el demandante insistía en que le asegurasen con caución la comparecencia de la joven, á Icilio decía que se ocupaba de ello, para ganar tiempo y darlo á sus mensajeros la multitud levantó por todas partes la mano, mostrándose cada cual dispuesto á responder por él. Conmovido hasta llorar. «Gracias, exclamó, mañana pediré vuestro socorro; por hoy tengo bastantes fiadores.» Virginia quedó provisionalmente en libertad bajo la caución de sus fiadores. Appio permaneció algunos momentos todavía en el tribunal, para no mostrar que se ocupaba de un asunto solamente; pero como el interés de éste absorbía el de todos los demás, no presentándose nadie, retiróse á su casa para escribir al campamento á sus colegas «que no concediesen licencia á Virginio y se asegurasen de su persona.» El pérfido aviso llegó demasiado tarde, porque Virginio, provisto de la licencia, había partido en la primera vigilia. A la mañana siguiente partieron las cartas que habían de retenerle, y quedaron sin efecto.

Desde el amanecer estaba en el Foro romano toda la población en expectativa, cuando Virginio con traje de duelo y su hija con las ropas en girones y acompañada de algunas ancianas y de multitud de defensores se presentan en la plaza pública, dando vuelta en derredor y solicitando el apoyo de sus conciudadanos. Y no se limita á pedirlo: lo reclama como premio á sus servicios. «Por sus hijos, por sus esposas, se presenta diariamente en el campo de batalla; y no hay soldado de quien se citen más rasgos de valor y de audacia. Pero ¿qué ventaja resulta, si mientras la ciudad goza de completa tranquilidad, sus hijos están expuestos á sufrir los horrores de una toma por asalto?» De este manera arengaba á los ciudadanos al pasar entre ellos. Iguales quejas brotan de los labios de Icilio; pero aquella comitiva de mujeres en silencio y llorando conmueven más

aún que las palabras. El carácter obstinado de Appio se endurece ante aquellos preparativos: hasta tal punto le extraviaba el delirio, más bien que el amor. Sube á su tribunal, y después de algunas quejas que formula el demandante acerca de que para captarse el favor popular se le había negado justicia la víspera, sin dejarle terminar la demanda y sin dar á Virginio tiempo para responder toma Appio la palabra. Algunos autores antiguos copian con fidelidad el discurso con que apoyó su sentencia, pero ninguno parece verosímil al lado de juicio tan inicuo. Limitaréme á consignar sencillamente el hecho, y á decir que Appio adjudicó la joven en calidad de esclava. El primer efecto de aquella decisión tan sorprendente y atroz fué el estupor, siguiendo algunos momentos de silencio. Pero cuando se adelantó Claudio en medio de las mujeres para apoderarse de Virginia, fué recibido con llantos y lamentos. Virginio levantó contra Appio su brazo amenazador: «He prometido mi hija á Icilio y no á Appio, dijo. La he criado para el matrimonio y no para la vergüenza. ¿Te agrada arrojarte como los brutos y las fieras sobre el primer objeto de tu pasión? ¿Lo consentirán estos ciudadanos? No lo sé; espero, sin embargo, que los que tienen armas no lo consentirán.» El grupo de las mujeres y el de los defensores rechazaban á Claudio lejos de la joven; pero el silencio se restableció á la voz del pregonero.

El decenviro, enloquecido por la lascivia, exclama «que no por las injurias que había pronunciado la víspera Icilio, ni por la violencia de Virginio, de que el pueblo romano había sido testigo, sino por avisos seguros, está convencido de la existencia de conciliábulos secretos celebrados durante la noche en la ciudad para suscitar una sublevación. Preparado para una lucha que esperaba, ha venido al Foro con hombres armados, no para atormentar á los ciudadanos pacíficos, sino

para reprimir de una manera digna de la majestad de su poder á los que turbaban la tranquilidad de Roma. Permanecer quietos es el partido más prudente. «Marcha, dice al licitor; separa esa multitud; abre camino al señor para que se apodere de su esclava.» Ante el acento enojado con que pronuncia estas palabras, la multitud se separa por sí misma, y abandonada la joven, queda en poder de sus raptos. Entonces Virginio, no esperando ya socorro, «Appio, exclama, yo te imploro; perdona, ante todo, al dolor de un padre la dureza de sus reconvencciones; permite además que aquí, delante de la joven, pregunte á su nodriza toda la verdad.» Conseguido este favor, lleva aparte á su hija y á la nodriza, cerca del templo de Cloacina (1), hacia el sitio llamado hoy las Tiendas Nuevas; y allí, cogiendo el cuchillo de un carnicero, «¡Hija mía! exclama, te conservo libre de la única manera que puedo;» y la atraviesa el pecho, volviendo en seguida hacia tribunal: «Appio, dice, por esta sangre voto tu cabeza á los dioses infernales.» Al grito que se alza y á la vista de aquel hecho horrible, manda el decenviro que se apoderen de Virginio, pero éste se abre paso con el cuchillo, y protegido por la multitud que le sigue, llega al fin á la puerta de la ciudad. Icilio y Numitorio levantan el cuerpo ensangrentado, y mostrándolo al pueblo, deploran el crimen de Appio, aquella funesta belleza y la cruel necesidad á que se ha visto reducido el padre. Las mujeres, siguiéndoles, repiten á gritos: «¿Para tal destino se dan á luz los hijos? ¿Es ese el precio de la castidad?» Y en seguida se entregan á cuanto el dolor, tanto más sensible en ellas cuanto más delicado es su espíritu, les inspira en aquel lamentable y conmovedor momento.

(1) Venus Cloacina, llamada así porque la estatua de esta diosa se había encontrado en una cloaca.

Pero los hombres, y sobre todo Icilio, no tenían voz más que para reclamar el poder tribunicio y la apelación al pueblo, y toda su indignación era por la república.

La multitud se excita, tanto por la enormidad del crimen como por la esperanza de que se presentaba ocasión favorable para recobrar su libertad. Appio demanda á Icilio, y ante su negativa á comparecer, ordena que le prendan. Como no dejaban acercarse á sus aparitores, él mismo, seguido de un grupo de patricios jóvenes, atraviesa la multitud y manda que le lleven á las prisiones. Véanse ya alrededor de Icilio á la multitud y á sus jefes L. Valerio y M. Horacio. Estos rechazan al licitor, y ofrecen, si se proponen obrar legalmente, prestar caución por Icilio contra un hombre particular; pero que si se emplea la fuerza, responderán de la misma manera. Trábase furiosa contienda: el licitor decenviral quiere echar mano á Valerio y Horacio, y el pueblo rompe los haces. Appio sube á la tribuna; Valerio y Horacio le siguen á ella; el pueblo los escucha, y apaga con rumores la voz del decenviro. En nombre de la autoridad, manda Valerio á los licitores que se alejen de un simple ciudadano. Appio, cuya energía ha decaído, y temiendo por su vida, se refugia en su casa, cercana al Foro, sin que lo observen sus adversarios, y con la cabeza cubierta. Queriendo socorrer á su colega, Sp. Oppio se precipita por otro lado en el Foro y ve la autoridad arrollada por la fuerza. Queda indeciso entre opuestos caminos, entre diferentes opiniones que apresuradamente escucha, y decide al fin convocar el Senado. Viendo el pueblo que la mayor parte de los patricios desaprobaba la conducta de los decenviros, y en la esperanza de que el Senado pondría término á su poder, se calma. El Senado opina que no debía irritarse al pueblo, y que ante todo debía pensarse en evitar que la lle-

gada de Virginio al campamento produjese alguna sublevación.

Mandan, pues, al campamento, que se encontraba entonces sobre el monte Vecilio, á los senadores más jóvenes para recomendar á los decenviros que contuviesen á toda costa la sublevación entre los soldados. Pero Virginio había excitado en el campamento una efervescencia mayor todavía que la que había dejado en Roma. Además de haberse presentado con una comitiva de cuatrocientos ciudadanos, á quienes el horror de aquellas indignidades había sacado de la ciudad con él, el cuchillo que conservaba en la mano y la sangre de que estaba cubierto atrajeron sobre él las miradas. Además, aquellas togas desparramadas por el campamento se multiplicaban, ofreciendo el aspecto de una multitud de ciudadanos. Pregúntanle qué ocurre, y solamente contesta con lágrimas. Pero en cuanto la solicitud de los que le preguntaban hubo reunido numeroso grupo, reclama silencio, refiere los hechos como habían ocurrido; y levantando en seguida sus manos suplicantes hacia sus compañeros de armas, les conjura á no imputarle un crimen que es de Appio Claudio; á que no se separen de él como del verdugo de su hija. La vida de su hija le hubiese sido más querida que la suya propia, de haber podido conservarla libre y pura; pero verla esclava y arrastrada á la deshonra, no; porque prefería la muerte de sus hijos á su ignominia, y su cariño paternal había tomado la forma de la crueldad. No hubiese sobrevivido á su hija sin la esperanza de vengar su muerte con el auxilio de sus compañeros de armas. Ellos también tienen hijas, hermanas, esposas: la muerte de su hija no ha extinguido la pasión de Appio; la impunidad aumentará su audacia. Por la desgracia ajena, que aprendan á prevenirse de tan terribles ultrajes. En cuanto á él, el destino le ha arrebatado su



esposa y su hija, á la que no se dejaba vivir casta: ha muerto tristemente, pero con su virtud. Appio no puede ya satisfacer sus infames pasiones en su familia; la violencia que pudiera intentar sobre su persona, será rechazada con igual valor que defendió á su hija. A los demás toca velar por ellos y por sus hijos.» A las lamentaciones de Virginio contestó la multitud «que no faltaría á su dolor ni á su libertad.» Los ciudadanos con toga, mezclados á los soldados, exhalan iguales quejas, y hacen observar cuánto más espantoso había sido el espectáculo que la simple narración, y al mismo tiempo anuncian que en Roma se ha dado cuenta ya de los decenviros. Otros que llegan después, dicen que Appio, medio muerto, ha huído al destierro; y todos, en fin, impulsan á los soldados á gritar á las armas, á levantar las enseñas y á marchar hacia la ciudad. Turbados los decenviros por lo que ven y oyen de Roma, corren á diferentes puntos del campamento para calmar la agitación. Si emplean la dulzura, no les contestan; si invocan su autoridad, tienen que habérselas con hombres; y hombres armados. Los soldados marchan ordenadamente hacia la ciudad y ocupan el Aventino. A medida que llegan, exhortan al pueblo para que recobre su libertad y cree los tribunos; pero no pronuncian amenazas. Sp. Oppio convoca al Senado; éste se niega á toda medida violenta, porque los mismos decenviros han provocado aquella sedición. Envían tres legados consulares; Sp. Tarpeyo, C. Julio y P. Sulpicio, para que pregunten en nombre del Senado «en virtud de qué ordenes han abandonado los soldados el campamento; qué pretendían hacer ocupando armados el Aventino, y si han abandonado la guerra contra los enemigos para apoderarse de su patria.» No faltaban contestaciones, pero faltaba quien las diese. Carecían todavía de jefe reconocido, no queriendo ninguno exponerse solo á tan-

tas iras. Un grito unánime brotó de la multitud, pidiendo le envíen á L. Valerio y á M. Horacio; á éstos darán la contestación.

«Cuando se marcharon los legados, dijo Virginio á los soldados que «en asunto de tan poca monta, acababan de verse apurados por falta de jefe. Su respuesta, prudente sin duda, antes era resultado fortuito que medida concertada en común. Invítales á que nombren diez de entre ellos encargados de la dirección suprema, y que les den título militar, llamándoles tribunos de los soldados.» Y como desde luego querían otorgarle este honor, les dijo: «Dejad la elección con que me honráis para mejores tiempos para vosotros y para mí. Mi hija, que permanece sin venganza, me impide gozar de ninguna satisfacción. Además, en medio de las turbulencias de la república, no os conviene tener á vuestra cabeza hombres sobre quienes recaen todos los odios. Si puedo seros útil, lo seré también como simple particular.» Crearon, pues, diez tribunos de los soldados. No estaba más tranquilo el ejército mandado contra los sabinos; y excitados por Icilio y Numitorio, los soldados se separaron de los decenviros. La muerte de Siccio, cuyo recuerdo guardaban, no conmovía menos los ánimos que la historia de Virginia, víctima de vergonzoso libertinaje. En cuanto supo Icilio la creación de los tribunos de los soldados en el Aventino, temió que el impulso dado por los comicios militares tuviese influencia en los de la ciudad (1) y nombrasen los mismos hombres; y perito en asambleas populares, y aspirando

(1) En las asambleas populares decidía la suerte el orden en que habían de votar las centurias ó tribus. Depositábanse sus nombres en una urna; agitábase ésta para mezclar las papeletas, y la centuria ó tribu que designaba la suerte para llevar la iniciativa en la emisión de los votos, recibía el título de *prærogativa*; á las que le seguían les llamaban *primo vocata* y á

él mismo á aquellos honores, hizo que los suyos, antes de marchar sobre Roma, nombrasen igual número de magistrados y con igual autoridad. Con las enseñas levantadas entraron por la puerta Colina, cruzaron forrados la ciudad y marcharon al Aventino. Reunidos allí con los otros, encargan á los veinte tribunos que nombren dos de ellos para la dirección suprema de los negocios. La votación recayó sobre M. Oppio y Sex. Manilio. Temiendo el Senado por el porvenir de la república, reuniase diariamente, y empleaba el tiempo más en disputas que en deliberaciones. Censurábase á los decenviros la muerte de Siccio, la indigna pasión de Appio y los desastres de los ejércitos. Opinábase que Valerio y Horacio fuesen al Aventino, pero éstos se negaban á ello, á menos que los decenviros se despojasen de las insignias de su magistratura, terminada en el año anterior. Quéjense los decenviros de que se les degrada, y protestan que hasta que se hayan adoptado las leyes para cuya formación se les nombró, no depondrán su autoridad.

Persuadidos por los consejos de M. Duilio, antiguo pretor, de que no conseguirían nada prolongando las negociaciones, el pueblo pasó del Aventino al monte Sacro. Duilio les decía que mientras no abandonasen la ciudad, no inspirarían inquietud alguna al Senado; el monte Sacro debía recordarle la constancia del pueblo y comprendería que solamente el restablecimiento del poder tribunicio podría traer la concordia. Partiendo por la vía Nomentana, llamada entonces vía Ficulense (1), establecieron el campamento sobre el

las otras *jure vocata*. Considerábase como el más importante el voto de la centuria prerrogativa. Por extensión la palabra *prerrogativa* designaba el voto mismo, y á veces se tomaba por señal ó prenda, por aviso ó angurio favorable de lo venidero.

(1) Llamábase así esta vía porque llevaba á Nomentum y á Ficulea ó Ficulnea, ciudades de los sabinos.

monte Sacro, imitando la moderación de sus padres y sin entregarse á ninguna violencia. El pueblo siguió al ejército y ni uno solo de aquellos á quienes la edad lo permitía se quedó atrás. Detrás de ellos marchaban las mujeres y los niños preguntando con dolor por qué les dejaban en una ciudad donde ni el pudor ni la libertad eran cosa sagrada. Roma se había convertido en vasta y extraña soledad; solamente se veían algunos ancianos en el Foro, y parecía un desierto cuando se convocó al Senado. Muchos exclamaban ya, uniéndose á Valerio y Horacio: «¿Qué esperáis aún, padres conscriptos? Si los decenviros ceden en su obstinación, ¿consentiréis que perezca todo en conflagración general? ¿Qué autoridad es esa que tenéis como abrazada, decenviros? ¿Vais á hacer leyes para los techos y las paredes? ¿No os avergüenza ver en el Foro más liectores vuestros que ciudadanos con toga? ¿Qué haréis si el enemigo se dirige contra nosotros? ¿Qué haréis si el pueblo, viendo infructuosa su retirada, acude á las armas? ¿Será necesaria la caída de Roma para arrastrar la de vuestra autoridad? Tenéis que prescindir del pueblo ó devolverle sus tribunos. Antes prescindiremos nosotros de nuestros magistrados patricios, que los plebeyos de los suyos. Antes de conocer, antes de haber experimentado esta autoridad, arrancaron su establecimiento á nuestros abuelos: ahora que han apreciado sus ventajas, ¿creéis que renunciarán á ellas, especialmente en un momento en que la autoridad no emplea bastantes consideraciones para que no adviertan la necesidad de un apoyo?» Por todas partes resonaban estas convenciones: los decenviros, vencidos por aquella unanimidad, se entregan á la autoridad del Senado, rogando solamente y exhortando á los senadores para que les protejan del odio público, para que su suplicio no acostumbre al pueblo á ver derramar la sangre de los patricios.